En efecto, como el culto del oro ha sustituido al culto de la cruz, la fiebre de la ambicion empuja incesantemente á los indivíduos fuera de su esfera. Y el despotismo paternal dirige hácia los altos empleos una masa de jóvenes, que para su bien y el de la sociedad, deberian de haber permanecido en puestos mas modestos. De ahí una espantosa aglomeracion en todos los caminos que llevan á la fortuna; de ahí un quebrantamiento continuo de existencias dislocadas cuya vida es un largo y doloroso suplicio; de ahí el descontento y el rencor en los que no alcanzan el término de sus deseos, la insolencia y el lujo en los que lo han alcanzado; de ahí esa agitacion febril, ese universal malestar, que trabaja á nuestra época; de ahí el disgusto, el fastidio, la desesperacion, el suicidio, en una palabra, la comprobacion en todas las lenguas y países posibles de esas sagradas palabras, que el indivíduo, como tampoco la familia, como tampoco la sociedad, no puede encontrar la felicidad fuera del órden, esto es, fuera de Dios, léjos de Dios, á pesar de Dios [1].

Al despotismo paternal que pesa sobre los hijos en circunstancias decisivas, se añade el despotismo del Estado. Lo que han quitado las leyes á los padres, se lo han dado al Gobierno. Este es otro de los felices resultados de nuestra educacion pagana. Esparta y Atenas nos han servido de modelos. Allí, como hemos visto en la primera parte de esta obra, el hijo pertenecia á la república. Para ella lo daban los padres á luz; solo el Estado tenia derecho de decidir si debia vivir ó no; solo él podia hacerle educar por quien mejor le pareciese. Ese odioso despotismo ha reaparecido entre nosotros. La máxima espartana y ateniense: «que los «hijos pertenecen al Estado antes que á los padres,» fue formulada en su salvaje barbarie por los demagogos del 93. Digna de tener á Danton por órgano, fue escrita en nuestros códigos con la ensangrentada punta de la espada. Vive en el monopolio universitario, nos mata. Y nos mata, porque es el despotismo sobre lo que hay de mas sagrado. Huella la ley natural y divina, que dando á los padres la autoridad sobre sus hijos, los hace responsables de su educacion. Nos mata sobre todo, porque establece la impiedad y la indiferencia religiosa como un homicida nivel por el cual

[1] Dicentes: Pax, pax; et non erat pax. (*Jerem.* VI, 14). Quis restitit ei, et pacem habuit? (*Job*, IX, 4).

deben pasar todas las almas para llegar á las funciones sociales. Seria supérfluo desenvolver latamente este temor tantas veces desenvuelto, y querer dar mayor fuerza á esta lamentable verdad, tan victoriosamente demostrada por raciocinios sin réplica y hechos concluyentes.

CAPÍTULO VIII.

Condicion de la mujer y del hijo.

Ya déspota, ya esclavo, tal se nos ha presentado el padre en la familia francesa, degradada por las doctrinas anticristianas. La mujer y el hijo han sufrido una degradacion análoga. Principiemos por la mujer. El Cristianismo la habia sacado de la abyeccion, la habia rodeado de respeto, y dotado de toda la libertad conveniente á su vocacion sobre la tierra. ¿Cuál es hoy su condicion? Jamás se ha hablado tanto de su libertad, de su emancipacion y de su gloria, y jamás desde la publicacion del Evangelio, estuvo mas oprimida y envilecida. La ruina del matrimonio cristiano, su natural apoyo, la entrega cuási indefensa al despotismo brutal del ser fuerte, esto es, á la humillacion, á los disgustos, al vicio, y con frecuencia á la miseria. Pero, para instruccion suya, es necesario contarla su vida desde la infancia, y mostrarla todas las causas de envilecimiento y de desgracia que la irreligion ha sembrado á su paso.

Nacida en una familia pobre y apartada del Cristianismo, la jóven carece de proteccion moral. La recibe el taller; y en cambio de su trabajo, la da amor al lujo, y la precipita en el libertinaje. Pruebas del género que nuestro siglo necesita, cifras, vendrán luego en apoyo de nuestras palabras. Mientras tanto, séanos lícito recordar lo que el Dr. Villermé ha consignado en su notable libro sobre las clases obreras: «Suplico á mis lectores que me dis«pensen, dice, si insisto en detalles mencionados ya en los capí«tulos anteriores; pero es otra de las necesidades de mi asunto, «la de no poder variar de pruebas. Son siempre, en efecto, ma«nufacturas, talleres, trabajos ejecutados de ordinario en comun «por ambos sexos, y son siempre tambien los mismos desórdenes, «la misma depravacion de costumbres. En Sedan, esa depravacion

«comienza para gran número de jóvenes obreras, á la edad de «quince años; y allí, como en muchas otras poblaciones manu- «factureras, ceden menos á la seduccion que á los detestables con- «sejos de las mujeres que las rodean. Desde entonces la víctima «se une íntimamente á las otras para hacer sucumbir á su vez á «toda nueva compañera, cuya virtud es para ella una continua «reconvencion.»

En todas partes ha observado Mr. Villermé los mismos desór- denes. ¿Cómo asombrarse, pues, de ese creciente número de unio- nes ilegítimas, y de la ascendente progresion de niños expósitos? Llega la jóven á la edad núbil, y no se la consulta para casarla, ni su aptitud, ni su inclinacion: no se cuida de averiguar si reune las condiciones exigidas por la Religion y la sociedad para ser una fiel esposa; se cuida menos aun de saber si el esposo que se la destina posee las cualidades necesarias para hacerla feliz. Se la vende: su casamiento es un mercado en que no pocas veces se fija menos la atencion que en cualquiera otra especulacion mercantil. El interés personal de los padres queda satisfecho; hay una carga menos que soportar. ¿Qué quereis mas? ¿Por ventura tienen nada que ver la Religion ni la sociedad en lo que pasa en el hogar do- méstico [1]?

Por otra parte, ¿no tienen los esposos la garantía de su felici- dad en la firma del escribano puesta al pié del contrato? ¿Puede ser desgraciado un matrimonio sobre el cual el oficial civil ha lla- mado las bendiciones del Gobierno? Sin embargo, las palabras pronunciadas ante el alcalde no bastan para mantener á cada uno de los esposos en el respeto de la libertad que le es debida. Los caractéres quedan los mismos, y las pasiones tambien. En esa lu- cha de la debilidad contra la fuerza raras veces triunfa la mujer. Á la pérdida de su propia estimacion se añade muy luego la frial- dad, la antipatía, preludios tristes de divisiones intestinas, que- jas, y á veces de culpables infidelidades. De ahí las escenas es- candalosas, y las separaciones mas escandalosas aun, el envile- cimiento de la mujer, el descuido de la educacion del hijo ¿qué

[1] Y sin embargo se ha escrito el código del gran Legislador.

«Filiae tibi sunt? Serva corpus illarum et non ostendas hilarem faciem tuam «ad illas. Trade filiam, et grande opus feceris, et homini sensato da illam.» (*Eccli.* VII).

mas sé yo? Todos estos vergonzosos desórdenes, á pesar de ve- nir cada dia consignados en los periódicos, pasan desapercibidos no obstante como hechos sin importancia.

En las clases superiores, la mujer no es mucho mas respetada. Se abusa desde la infancia de su verdadero destino. Hacer de ella un ídolo; persuadirla que todos deben quemarla incienso; que todo debe ser para ella, sin que ella deba interesarse por nadie; adularla, darla á entender que está dotada de todas las gracias; enseñarla el arte del tocador, y adornarla con algun brillante bar- niz de conocimientos la mayor parte inútiles; en una palabra, exal- tar su vanidad y dotarla de un conjunto de cualidades propias solo para alcanzar la mano de algun jóven imprudente; hé aquí, sí, hé aquí el objeto real de la educacion de la jóven y el pensamiento oculto de los padres apartados del Cristianismo. La abnegacion de sí propia, las virtudes sólidas de la esposa y de la madre, son cosa de ella desconocidas.

¿Cuántas veces hemos oido á maestras sensatas, colocadas al frente de los colegios, deplorar con amargura esta funesta ten- dencia, y no saber cómo cambiarla ó disminuir al menos sus fu- nestos efectos? Inclinada naturalmente al egoismo, la jóven se en- trega sin freno al torrente que la arrebata. No tarda en conocer que para el hombre materialista no hay otro poder que sus atrac- tivos exteriores. La belleza del alma, el influjo de la virtud, los encantos de la modestia y de la púdica inocencia, le parecen me- dios anticuados. Es menester sin embargo que reine, y se sirve del único medio eficaz para conseguirlo. En lugar de hacerse es- píritu, se ha hecho carne; en lugar de hacerse ángel, se hace mu- jer, y si preciso es se hará demonio.

La ignorancia de cuanto forma su verdadera gloria y poder, y el natural deseo de reinar, la arrastra á excesos que serian ridí- culos, si no fuesen deplorables. ¿Qué pensar, en efecto, de esas costumbres desenvueltas puestas en moda por ciertas mujeres de nuestros dias, y que amenazan convertirse en suplemento obliga- do de la educacion de las jóvenes de *buen tono*? ¡Imprudentes! El Cristianismo os habia colocado en un elevado pedestal. Coronando vuestra frente con las flores de la inocencia y la modestia, os ha- bia revelado el secreto de vuestro poder y vuestra gloria. Reiná- bais por la dulzura, por el silencio, por la súplica. Consideracio-

nes y respetos hasta cierto punto religiosos os rodeaban de una sagrada barrera: sojuzgado el hombre, os tributaba continuos homenajes. Lo que el noble caballero respetaba mas despues de Dios, era su dama. Y hé aquí que descendeis voluntariamente del trono. Os despojais de esa modestia á que debíais vuestro poder; adoptais hábitos que no convienen ni á vuestro sexo, ni á vuestra educacion; y en lugar de adquirir mayor prepotencia, os habeis rebajado. Jóvenes, se os ve hacer ejercicios gimnásticos como colegiales, tirar el florete como alumnos de la escuela militar, ejercitaros en la natacion como marinos, montar á caballo como escuderos de Franconi, y se dice que fumais como los húsares del Imperio. Os presentais despues en reuniones de hombres, de cuyos gustos, lecturas, y conversaciones participais; os habeis educado como ellos, y ellos os tratan como á sus iguales. Se creen dispensados en su trato y en sus palabras de aquella consideracion que por nuestras costumbres cristianas os guardaban y hacian vuestra felicidad. Habeis roto vuestro cetro. Habeis querido ser ídolos, y lo sois en efecto; pero nada mas. El aprecio, sabedlo bien, no se concede sino á la virtud. El ídolo envejecerá; la flor se agostará '. Entonces, despreciadas, ajadas, abandonadas, sabréis, pero sobrado tarde, que la práctica fiel del Cristianismo era para vosotras la única garantía de un poder real y verda-

que ha producido Inglaterra, sir Edmundo Burke, cuya profética voz habia anunciado ya todos los horrores de la revolucion, escribia, cuando la muerte de Antonieta, esas páginas recogidas por la historia:

«Hace diez y siete años que ví á la reina de Francia, entonces «delfina, y jamás vision mas celestial apareció sobre esta tierra «que apenas parecia tocar. Estaba radiante de gloria, como la «blanca estrella de la mañana. ¡Oh! ¡qué revolucion! ¿qué co«razon seria el mio si el recuerdo de una tan elevada posicion, «comparada con tan espantosa caida, no me conmoviese profun«damente? ¡Cuán léjos estaba de imaginar, cuando la veia reu«nir á los títulos del rango y del nacimiento los que da el entu«siasmo de un amor, que el respeto mantenia á larga distancia, «que necesitase jamás paciencia y resignacion! En una nacion re«nombrada por su civilizacion y por la elegancia de sus costum«bres, en un país de hombres de honor y de caballeros, pensaba «yo que diez mil espadas se hubieran levantado para vengar, no «digo ya un insulto, sino una sola mirada que no hubiese estado «llena del respeto y alta consideracion que se la debia. Pero el «siglo de la caballería ha pasado. Le ha sucedido el siglo de los «sofistas y el de los economistas, y se eclipsó para siempre la «gloria de Francia. Jamás, no, jamás verémos ya esa lealtad á «sus reyes, esa cortesía para con las